



La conquista del tiempo. Hacia un mundo global, 1770-2022

The conquest of time. Towards a global world, 1770-2022

Miguel Ángel Echevarría Bacigalupe*

RESUMEN: Este artículo busca ofrecer una visión panorámica sobre la evolución de las relaciones económicas internacionales desde el inicio de la Revolución Industrial hasta el presente. Frente a una etapa histórica presidida por la conquista del espacio (siglos XVI a XVIII), la nueva etapa aprovecha las ventajas que aporta la Revolución Industrial en producción y distribución masiva, buscando una comunicación lo más rápida y cómoda posible estableciendo un espacio bien bajo forma de colonialismo (que implica ocupación territorial) o bien en forma de imperialismo (control de los recursos materiales y estructuras políticas de países ajenos). La evolución de este proceso desembocará en la Segunda Revolución Industrial (1870-1970), cuyo efecto más importante es el fenómeno de la globalización, o relación abierta y mucho más intensa que antes entre economías y bloques económicos. El resultado es un vínculo entre espacio y tiempo desconocido hasta entonces en la Historia.

PALABRAS CLAVE: Relaciones económicas internacionales, 1770-2022, imperialismo, globalización.

ABSTRACT: *This paper develops an overview of the evolution of international economic relations from the beginning of the Industrial Revolution to the present. Faced with a historical stage presided over by the conquest of space (sixteenth to eighteenth centuries), the new stage aims to take advantage of the advantages provided by the Industrial Revolution in mass production and distribution, seeking communication as fast and comfortable as possible by establishing a space either in the form of colonialism (which implies territorial occupation) or in the form of imperialism (control of material resources and political structures of foreign countries). The evolution of this process will lead to the Second Industrial Revolution (1870-1970), whose most important effect is the phenomenon of globalization, or open and much more intense relationship than before between economies and economic blocs. The result is a link between space and time hitherto unknown in History.*

KEYWORDS: *International Economic Relations, 1770-2022, Imperialism, Globalization.*

* Universidad del País Vasco, Bilbao (España). ORCID: 0000-0002-9587-0986. C. e.: miguela.echevarria@ehu.eus.

1. Introducción

En un artículo precedente¹, examiné el modelo mercantilista propio de los siglos XVI-XVIII junto con sus alternativas, y la evolución a nivel mundial del espacio protagonizado por las economías más dinámicas. Ahora nos ocuparemos de la fase que comúnmente se llama Edad del Capitalismo Industrial. Partiendo de las revoluciones burguesas, seguiremos con el proceso mundializador que, iniciado en la Modernidad, a finales del siglo XX desemboca en la globalización. Asimismo, se ha dado protagonismo al trinomio Nación-Estado-Mercado (NEM), predominante en los últimos dos siglos, y que tendremos muy en cuenta a lo largo de estas páginas por su especial relevancia. Se trata, pues, de una continuación del primer artículo; ambos constituyen un panorama introductorio ordenado espacialmente acerca de procesos históricos clave desde fines del siglo XV, junto con su respectivo significado.

2. La conquista del tiempo

¿Por qué hablar de la conquista del tiempo? Porque a la conquista y ocupación del espacio entre 1500 y 1800, con la creación y funcionamiento de la primera red mundial digna de ese nombre², le sucede desde entonces el dominio del tiempo, o por mejor decir, de los tiempos: de salida y llegada (transportes), de producción (campos, minas, fábricas...) o de comunicación (correo, telégrafo, teléfono...). Esto se entiende sin dificultad: ocupados y vinculados los grandes espacios a nivel mundial, era obligado comunicarlos con la mayor facilidad y celeridad posibles para su más eficiente explotación, so pena de tenerlos que abandonar a su suerte, lo que les había ocurrido a muchos agregados espaciales anteriormente. Cambia así la importancia del factor tiempo, cuya periodicidad fue reduciéndose como resultado de un control territorial más efectivo. La relación espacial se va empequeñeciendo, y con ella su sombra, la cronología³. El hombre contemporáneo se dio prisa por mejorar lo mejorado y cambiar lo cambiado; había que producir y vender para seguir produciendo y vendiendo. En los países desarrollados, el tiempo se convierte en el enemigo a doblegar, algo que necesita ser domesticado. Y, ciertamente, va a producirse un hecho llamativo: la calidad se rebaja en aras de la cantidad, el tiempo se acelera, y por ello mismo se acorta en un espacio cada vez más encorsetado donde las transacciones (económicas, sociales, institucionales) se multiplican a cada día que pasa⁴. Tienen la culpa de todo ello, además del régimen de ocupación-explotación espaciales, un nuevo régimen demográfico que pone fin a un antiguo comportamiento, por lo general maltusiano, y que asegura la esperanza de vida y el relevo generacional.

Hay dos grandes acontecimientos que muestran el cambio radical que se está produciendo, y que deben hacernos reflexionar. Son la colonización de Australia desde 1788, que pone fin a la ocupación de las grandes superficies

¹ ECHEVARRÍA BACIGALUPE, Miguel Ángel. Mundialización y relaciones económicas, 1600-1850, *Cliocanarias*, 3, 2021, pp. 1-24.

² Siguiendo el modelo CR-IF (Creación de Redes-Incremento de Frecuencias), que busca tanto la expansión territorial como la regularidad de los contactos.

³ El XIX fue el siglo de la historia con voluntad científica, y no por casualidad. El XX será un digno heredero.

⁴ ECHEVARRÍA BACIGALUPE, Miguel Ángel. *En los orígenes del espacio global. Una historia de la mundialización*, Madrid: Eds. de La Catarata, 2013, p. 54.

terrestres, y el inicio de la Revolución Industrial, gran acelerador de las relaciones espaciales.

2.1. La Revolución Industrial y sus efectos

La expansión del espacio en la etapa anterior precede al aumento en la intensidad del tiempo, como decíamos. El liderazgo económico pasará, pues, a quien abandone la cantidad por la calidad, sacrificando la extensión en aras de la intensificación de los rendimientos. A la vez, dominaría el espacio aquel que fuera capaz de acortar el tiempo en transitar por él. Inglaterra lo consiguió tras efectuar con éxito su transformación estructural, ya iniciada tras la «Revolución Gloriosa» de 1688. La lógica económica ha cambiado: ahora se hace tanto hincapié en producir como en transportar, cuando antes era el transporte lo que primaba (revolución comercial). Todo este proceso pertenece ya al que llamaremos Cuarto Impulso, de carácter capitalista liberal, que abarca de 1770 a 1970 aproximadamente⁵, y puede dividirse en dos grandes fases: la primera iría de 1770 a 1870, y la segunda desde esa última fecha hasta 1970⁶. Dicha circunstancia exigió cambios de hondura, especialmente mantener en su lugar el factor trabajo y reutilizar en suelo propio el factor capital, aumentándolo en lo posible y aprovechando los recursos naturales propios (Mercado Productor = Mercado Consumidor, o MP = MC). Ello permitió la progresiva concentración de empresas, fuentes de materias primas y centros de consumo, dándose como prioritaria la explotación del «área nacional» (el nuevo espacio político), utilizando las colonias o terceros países como simples proveedores de aquello que no podía obtenerse en suelo patrio, o asimismo en calidad de receptores de bienes acabados, servicios y población excedentaria. La formación de grandes plazas comerciales y financieras (con bolsas de valores y bancos al frente) completa el proceso. Estaríamos ya en presencia de la Elasticidad Inversa o de «Doble Circuito» que, si bien conoció sus inicios durante la fase histórica precedente, es ahora cuando se consolida. Es ya una economía de base exportadora, y no de simple redistribución; la capitalización de las diferentes actividades se hace cada vez más cómoda en un círculo virtuoso producción-acumulación-financiación. La revolución agraria, la del transporte⁷, el fenómeno industrializador y la explosión demográfica van promocionando el mercado interior frente al obligado internacionalismo del Antiguo Régimen económico-social, que necesitaba de una constante expansión territorial. A la vez, el papel del individuo crece como consecuencia de la ocupación intensiva del área político-institucional propia; la función de los poderes públicos debe limitarse a gestionar las grandes cuestiones relativas al común (según enseñara Adam Smith⁸), liberando simultáneamente al «área nacional» de las trabas que impiden el crecimiento interno. Tras Inglaterra, este

⁵ Para los diferentes impulsos, ver la recapitulación al final de este artículo.

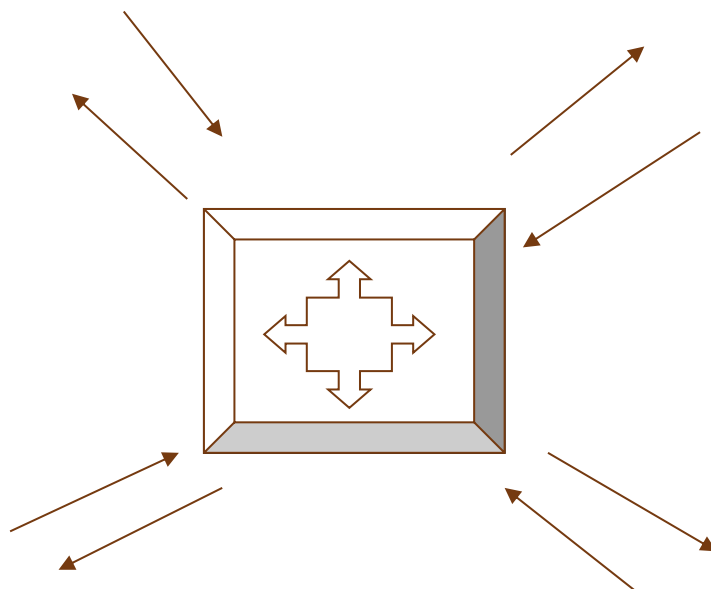
⁶ En Historia Económica se denominan I y II Revolución Industrial. Las fechas de comienzo y final de cada fase son meramente indicativas.

⁷ Por tierra y mar, con los inventos y mejoras de todos conocidos. Pero no podemos olvidarnos del telégrafo, cuyo papel es sencillamente revolucionario, como tan bellamente expusiera ZWEIG, Stefan: *Momentos estelares de la Humanidad*, Barcelona: Acantilado, 2002, pp. 189-212. Se le ha llamado, con mucha razón, el internet del siglo XIX. A fines de la centuria se complementará con el teléfono.

⁸ Es obligado señalar que Smith e importantes miembros de la escuela clásica fueron más intervencionistas que sus seguidores, como muestra SAZ CASADO, José Luis. *Jaque mate*

modelo se reproduce en Bélgica, economía eminentemente exportadora, y no simple redistribuidora, como hasta entonces; luego irá pasando a otros países en función de sus respectivos costes de oportunidad espacial [Fig. 1].

FIGURA 1.- NEM (NACIÓN-ESTADO-MERCADO).



A partir de esa área nuclear, el segundo paso será una nueva salida al exterior, en competencia con otras economías. Así se desarrollan el libre comercio y el proteccionismo en el s. XIX y en el s. XX, desde los casos británico y belga. El liberalismo, en sus versiones aperturista y proteccionista, es la filosofía de moda por juzgarse la más adecuada a las nuevas circunstancias. Quienes no se despegan del estilo antiguo, fracasan: Holanda y Portugal, típicas economías de redistribución, se estancan en el s. XIX privadas de su expansionismo colonial; la primera, si bien continúa como potencia financiera, sólo saldrá del atolladero a base de cambiar su basamento económico, y la segunda arrastrará un largo subdesarrollo por inadaptación al nuevo tiempo.

Consecuencia relevante de todo este proceso es el surgimiento de una llamativa disparidad de niveles entre las economías. Antes, desde luego que había ricos y pobres, y ciertamente unas culturas eran más refinadas que otras. Pero dado el bajo nivel tecnológico, más las fuertes limitaciones al crecimiento económico y poblacional, todas las economías se hallaban en definitiva a un parecido nivel: la peste azotaba tanto a los refinados Estados italianos y a los selectos Países Bajos como a las zonas más deprimidas de la Europa meridional o báltica, por no hablar del espacio extraeuropeo; si la población crecía por encima de los recursos, los problemas se multiplicaban peligrosamente en todas partes. El país rico era aquél que tenía más espacio disponible y mejor lo utilizaba. Pero con la industrialización endógena, los ritmos y modalidades de la evolución espacial difieren progresivamente, y a ellos les siguen los niveles de vida. Todo porque unas áreas han completado mejor que otras su propio desarrollo incrementando el producto y la productividad, y así lo han podido

liberal. La traición al liberalismo clásico, Madrid: Eds. Encuentro, 2021, en especial el cap. III. Para Adam Smith, págs. 158-174.

impulsar hacia fuera. El que no alcanza la misma complejidad estructural, cae en la dependencia. Se han puesto con ello las raíces de las grandes desigualdades propias de la Edad Contemporánea.

2.2. Colonialismo e imperialismo

El Cuarto Impulso arrastra consigo el problema de las colonias, heredado de la situación precedente. Y dentro de esa temática, existe un caso peculiar de volatilidad positiva: las tierras de colonización. En el siglo XIX hubo fuerte expansión territorial por esa causa. Adquirió especial relevancia el caso de EE. UU., que en la vertiente este de su territorio poseía enormes reservas de materias primas indispensables de la industrialización, las cuales además eran accesibles y transportables hacia los centros de producción o de consumo. Por el lado oeste, la fácil obtención de tierras nuevas provocó durante un tiempo el llamado «derroche» de espacios cultivables y de pasto. Además, la economía agropecuaria del oeste se encontraba en estrecha dependencia con el este, cercana al modelo inglés⁹. Luego, alcanzada la frontera en 1890, hubo que intensificar más los métodos y los rendimientos. Tal grado de elasticidad provocó el éxodo de miles y miles de familias hacia los nuevos espacios económicos. Lógica sistémica y lógica política fueron a la par en EE. UU., garantizándose un régimen de libre iniciativa sostenido por los poderes públicos (propiedad, fomento de comunicaciones, mercados).

No fue tal el caso de Rusia, donde la renovación de los tipos y métodos de cultivo fue entorpecida por un grupo dirigente apegado a viejos usos y privilegios, insolidario por ello con el progreso general de la nación, y una clase campesina sometida durante siglos a un feroz régimen señorial e incapaz de darse a sí misma otra forma que el cultivo colectivo y secularmente atrasado de la tierra. Súmese un mercado sujeto a estricto control político, que por si fuera poco no gozaba de las ventajas geográficas y estratégicas de la nación estadounidense. Este caso pertenece claramente a la dispersión feudal o de Antiguo Régimen, opuesta a la expansión capitalista de los estadounidenses.

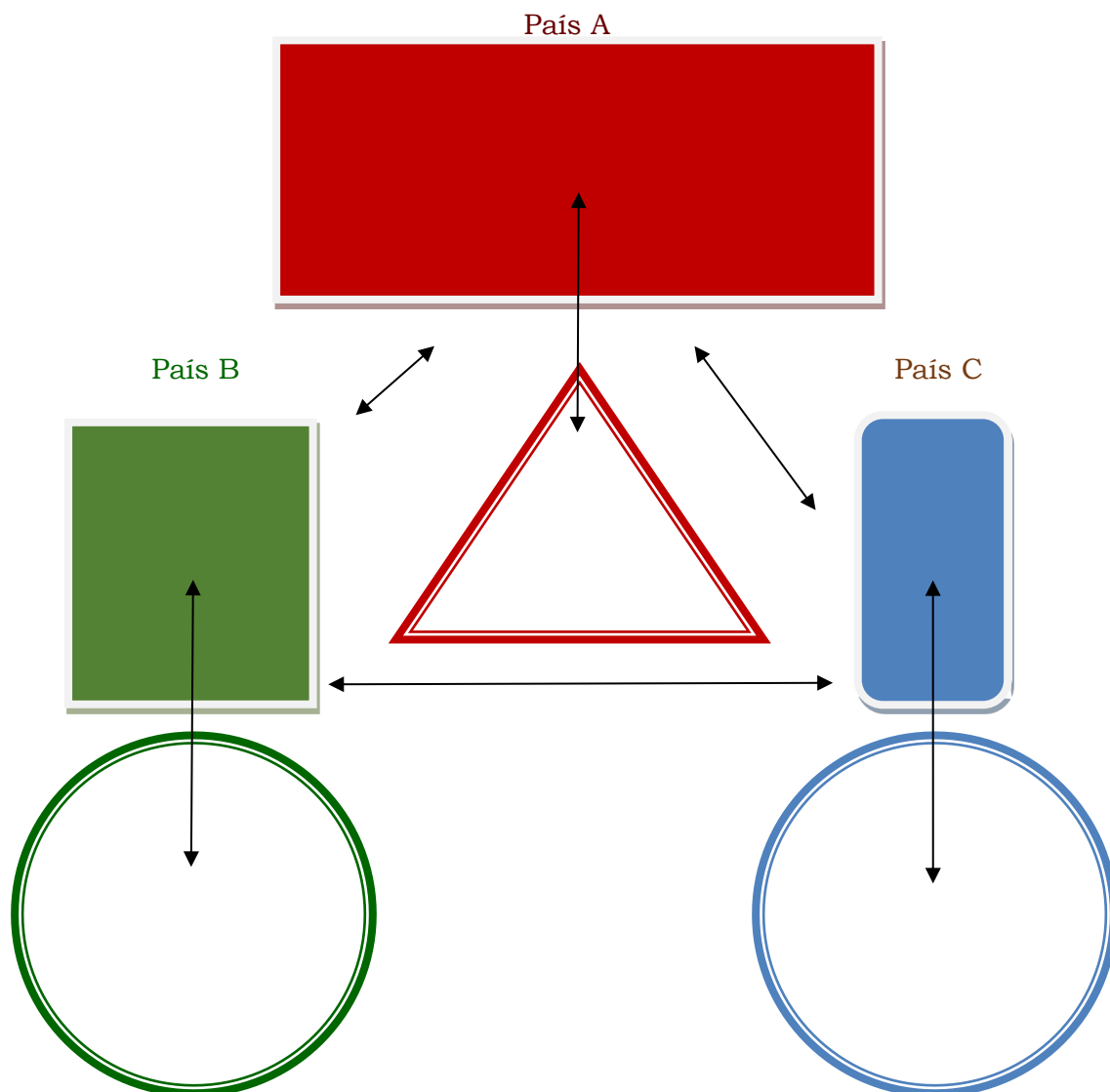
Tocante a la cuestión del colonialismo, vigente en el nuevo orden de cosas, hemos de señalar cómo las colonias se vuelven desde finales del s. XVIII y comienzos del s. XIX ingobernables para los europeos del continente, pero asimismo muy engorrosas para los partidarios de la escuela manchesteriana, quienes reclamarán al gobierno deshacerse de aquellas. Superando las presiones de varios grupos de opinión, durante la primera fase industrializadora (1770-1870) nada se hizo a favor de la independencia de los territorios coloniales. Luego, el clima económico recesivo y las nuevas rutas de la economía mundo (en especial el Canal de Suez, abierto en 1869) aconsejarán desde 1870 atar en corto a las dependencias; no era sensato desprenderse del capital espacial [Fig.2]. Con todo, gobiernos como el británico apoyaron una política de sesgo autonómico restringiendo las prohibiciones al comercio libre de las áreas supeditadas¹⁰, concediéndoles además autonomía fiscal (incluida la aduanera), de forma que el peligro de desmembración del Imperio Británico ya se advierte entrado el s. XIX, sin llegar no obstante a conjurarse. El devenir del

⁹ El sur de Estados Unidos quedó descolgado por mucho tiempo de toda corriente modernizadora.

¹⁰ La abolición de las Actas de Navegación mercantilistas en 1849 significó el fin del sistema del exclusivo en Gran Bretaña.

conglomerado ocurrirá desde entonces en medio de tensiones constantes, a veces de gravedad; el término de la II Guerra Mundial en 1945 significó de hecho el final del modelo colonial más extenso jamás conocido hasta entonces. La nueva Commonwealth partirá de nuevas bases¹¹.

FIGURA 2.- IMPERIALISMO Y COLONIALISMO.



La segunda ola de industrialización (más o menos de 1870 a 1970) se caracteriza, entre otras cosas, por el fenómeno del imperialismo, es decir, un control no territorial de economías y regímenes políticos ajenos, lo que es propio de las nuevas potencias: Alemania, porque llega tarde al reparto de colonias, y los EE. UU., porque son contrarios a dominaciones territoriales al haber sido ellos mismos una colonia. Entonces el imperialismo coexiste con el viejo colonialismo y se suma a él, pero de hecho viene a sustituirlo: con la Segunda Revolución Industrial, será la forma de dominación del siglo XX. En esta centuria acaban triunfando las economías y regímenes no colonialistas,

¹¹ La evolución del vasto conglomerado, en BRENDON, Piers. *The Decline and Fall of the British Empire, 1781-1997*, New York: Random House, 2008.

pero que ejercen de hecho un férreo imperialismo. EE. UU. marca el camino a seguir, no implicándose (salvo contadas ocasiones, y solo temporalmente) en ocupaciones y colonizaciones directas. Los intentos del viejo modelo por sucederle (III Reich germano, Imperio japonés, los colonialismos francés y británico, con otros de orden menor) quedarán abocados al fracaso por las grandes potencias anticoloniales, que marcan la nueva tendencia.

Hay un gran contraste entre los antiguos procesos descolonizadores y los nuevos. Quienes siguieron el sistema reticular simple o de extroversión quedaron inermes al tener que enfrentarse a su propia realidad. Ya hemos hablado de los casos holandés y portugués. La España del s. XIX constituye otro claro ejemplo. Volcada desde el s. XVI en una política extrovertida, quedará desarmada ante las nuevas fuerzas políticas y económicas. En esa tesitura tuvo ante sí una doble y gigantesca tarea: construirse una organización política, institucional y material lo más adecuada posible a las exigencias del momento (el régimen liberal) y rehacer el sistema económico sin buena parte de los territorios hasta entonces poseídos. Una tarea bastante más complicada de lo previsto por la ausencia de capital físico y humano adecuados o bastantes, los cambios de mentalidad social exigidos, junto con la tenaz resistencia del viejo orden a las nuevas tendencias.

El final del Imperio británico, que vino desde nuestra óptica por factores inherentes a los límites de la elasticidad espacial, se hizo sin que la metrópoli ensombreciese en el declive, porque a diferencia de los ibéricos o los holandeses los británicos gozaron de un nivel de actividad económica interna muy considerable, especialmente la financiera. Por consiguiente, si Gran Bretaña había dejado de ser la primera potencia en el novecientos, no se debió meramente a la defectuosa gestión de su imperio, formado a base de elementos independientes en la práctica (en especial los *Dominions*, de población mayoritariamente blanca). La decadencia británica ya venía señalada desde fines del s. XIX, al tener que enfrentarse a poderes emergentes protagonistas de un nuevo modo de industrializarse y de expandir su poder extraterritorial. Atribuir el ocaso a lo ocurrido desde 1947 es una percepción subjetiva que no se corresponde con los hechos.

2.3. Rasgos definitorios y evolución del nuevo orden

El objetivo institucional clave para las naciones será ahora lograr la trilogía perfecta Nación-Estado-Mercado (NEM): las revoluciones finiseculares del s. XVIII y de comienzos del s. XIX consagran ese arquetipo. Del Estado patrimonial dinástico se pasa a la nación soberana, de la nación al nuevo Estado, y de este al mercado nacional. Eso fue posible gracias al paso de la endocracia a la exocracia.

Explicuemos antes que nada ambos conceptos. La sociedad preindustrial se había configurado a modo de un cuerpo (es decir, un organismo) cuyas partes, al estar integradas, colaboran en pro de una finalidad concreta, la de servir a una cabeza soberana rectora de sociedades y espacios¹². Es lo que se llamó entonces el «cuerpo civil», trasunto del «cuerpo místico» de los teólogos cristianos; nosotros lo llamaremos aquí **endocracia**. Una sociedad asediada

¹² Sobre la concepción del rey y del reino, cf. ECHEVARRÍA BACIGALUPE, Miguel Ángel. *Mundialización...*, art. cit., pp. 3-4.

frecuentemente por el hambre, las catástrofes y las enfermedades, había de encontrar su salvación en una sociabilidad estrecha de base orgánica y asimismo en la expansión, pero sin tener por ello que romper el tejido social. Ambos objetivos fueron, con todo, difíciles de armonizar en la realidad.

Ante dicho problema, los particulares decidirán dotarse de poder político y económico que les convirtiera en una parte activa dentro de su propia nación, y no meros representantes del poder en el exterior, como sucedía hasta entonces. Es el triunfo de un nuevo régimen, el de la **exocracia**. Mejorando el simple modelo de «sociedad cerrada/sociedad abierta» propuesto tiempo atrás por H. Bergson, B. Russell y K. Popper, se basa en la idea de que un área espacial (política, institucional, económica..., a la vez, o por separado) puede ser explotada por todos los que en ella habitan, si bien una parte diferenciada de la sociedad gobierna el conjunto, decidiendo por el común. La exocracia admite la pluralidad de intereses, pues obedece a una suma de agregados heterogéneos, según una lógica de raíz mecanicista. Es factible *a priori* que el régimen exocrático termine en democracia, aunque no inexorablemente, pues el proceso de transición fue variado, irregular, frustrado en ocasiones, y, sobre todo, lento. Además de Inglaterra, serían las Provincias Unidas y Francia los protagonistas del cambio.

El tránsito a los modernos esquemas puede hacerse vía evolución del antiguo orden, o desde uno radicalmente nuevo. Si desde el antiguo, será mediante la transformación de la vieja monarquía absoluta en una que vendrá en llamarse «constitucional». Este modelo fue una respuesta eficiente al complicado tránsito entre endocracia y exocracia, lo que equivale a decir entre el Antiguo Régimen orgánico y el nuevo régimen de libertades individuales en una sociedad más abierta. El otro modelo es el rupturista, con los EE. UU. como paradigma. Si bien vale para el continente americano, área colonizada, no triunfará sin embargo con las monarquías y repúblicas del Viejo Mundo. La mayor parte de los procesos de sustitución del antiguo orden por el nuevo se hicieron en Europa a través de transiciones hacia la exocracia, y no por vía revolucionaria. Al tipo europeo sumaríamos el caso de Japón tras la revolución Meiji de 1868.

El nuevo orden de cosas impulsa las desamortizaciones: la del suelo, la del subsuelo, la de la mano de obra (fin de la esclavitud y la servidumbre), o la que ocurre en las relaciones económicas exteriores (multilateralidad, libre-cambio, tendencias proteccionistas generalmente moderadas). Pero queda por crear efectivamente el mercado interno: mano de obra suficiente, capacidad adquisitiva incrementada, oferta propia accesible... El trinomio Nación-Estado-Mercado (NEM), que implica conformidad entre política y economía, se expande inicialmente vía ejecución de dos programas: desatención del consumo interior mediante bajos salarios sumados a una creciente productividad (generando de este modo plusvalía), y potenciación del mercado exterior aprovechando la revolución del transporte y las comunicaciones. Eso requiere la explotación de la mano de obra, por lo que el sufrimiento de la clase obrera va a caracterizar la primera fase industrial. El dominio sin discusión en esta etapa pertenece a la Gran Bretaña.



Londres

Pero las circunstancias socioeconómicas de aquel espacio cambiaron inevitablemente. A partir del último tercio del s. XIX, Gran Bretaña ya no está sola como país industrializado; ni siquiera es el más moderno en el sector secundario, pues las innovaciones corresponden a otros. Luego, el hemisferio sur irrumpe en el escenario mundial con poderoso ímpetu: Australia, Sudáfrica, Nueva Zelanda, Brasil, Argentina, Uruguay o Chile hacen sentir su peso económico mucho más allá de sus fronteras, vinculándose a los centros de poder mundial, especialmente Gran Bretaña. Con ello, la mundialización se extiende, y con ella, la complejidad de las relaciones internacionales. Es natural que sea así: toda innovación (en recursos, financiación, transportes, población...) ofrece oportunidades a determinadas economías, o se las quita a otras. Eso no es exclusivo del régimen industrial; viene de mucho más atrás. Que las economías aventajadas sepan o puedan aprovechar con eficiencia tales ventajas comparativas dependerá de cada caso en particular.

Resulta obvio que arrancar el beneficio es una tarea cada vez más complicada, máxime cuando los precios inician una desalentadora tendencia hacia la baja impulsados por la abundante oferta de bienes y servicios en el mercado desde los años setenta. Eso genera competencia internacional y fomento de todo tipo de mejoras aplicadas a los diferentes sectores productivos. Junto con la concentración de medios, los agentes económicos ven la salvación como nunca hasta entonces en las posibilidades de su propio ámbito en tanto que susceptible de autocolonización, limitando la división internacional del trabajo preconizada por los primeros teóricos del liberalismo y por la política económica de Gran Bretaña. La revolución del transporte ayuda al hacer accesibles

mercados antes lejanos de alcanzar, y que se hallaban de espaldas a la explotación de sus recursos. La movilidad de los factores alcanzará por ello un dinamismo que hubiera sorprendido siquiera medio siglo antes; oferta y demanda se alargan y ensanchan espacialmente sin salir de las mismas fronteras. Además, la clase asalariada tiene acumuladas varias generaciones de prácticas en la lucha por sus derechos, y se hace oír con voluntad decidida. Es un obrerismo adaptado a las nuevas tecnologías y plenamente urbano, por lo que en su seno se ha creado una categoría superior de trabajadores especializados. A la dura e ineficaz represión empieza a suceder una legislación para la mejora de las condiciones de vida, siendo líder en este aspecto Alemania. Tras las mejoras materiales seguirá el voto universal masculino, paso clave de la elitista exocracia a la democracia¹³. Igualmente se están diseñando en Europa y EE. UU. modernas formas de trabajo que sustituyan a las largas y extenuantes jornadas del régimen fabril; el método de Frederic Taylor es el más conocido, pero ni mucho menos será el único en aplicarse¹⁴. El liberalismo aperturista patrocinado por Gran Bretaña, el patrón oro y el imperalismo potenciarán las inversiones y reinversiones en el exterior de una banca que rompe con modelos precedentes, mucho más limitados en lo territorial. Todos esos cambios se hicieron en un espacio y un tiempo acumulativos, pues las variables no mutaron de la noche a la mañana, pero la tendencia fue imparable considerando la fuerza de los acontecimientos, sus causas y sus efectos multiplicadores.

No puede pasarse por alto el siglo de calma global que conociera Europa entre 1815 (Waterloo) y 1914 (I Guerra Mundial), hecho de enorme importancia para explicar el crecimiento económico y el desarrollo de muchos países del continente. Ello no sobrecargó los gastos del Estado con impuestos de guerra y reconstrucción, permitió a los poderes públicos incrementar su armamento, e hizo que este fuera cada vez más complejo¹⁵. El reverso pernicioso del proceso no fue causado por ninguna retracción grave de la economía-mundo (que de hecho siguió cosechando unas tasas de crecimiento aceptables hasta los primeros años del s. XX¹⁶); lo peor fue la aparición de una mentalidad que desconfiaba del sistema de agregaciones internacionales paritarias proclamando la santidad del colectivismo nacionalista, esto es, la superioridad incontestable del NEM. Un ente cuya filosofía, cada vez más teñida de darwinismo vulgarizado, se multiplica asimismo entre las naciones independientes y las que esperan independizarse algún día. Cada cual se cree superior al resto, en especial si posee un nivel tecnológico alto; asimilar superioridad material a superioridad cultural va a revelarse con especial énfasis en la pujanza

¹³ La mujer de cultura occidental solo irá alcanzando derecho al voto tras la guerra de 1914-1918. De hecho, en el siglo XIX pocos podían votar, fuesen hombres o mujeres. Sobre este particular, cf. MACNEILL, J. R. y MACNEILL, W. H. *Las redes humanas. Una historia global del mundo*, Barcelona: Ed. Crítica, 2004, pp. 257-258.

¹⁴ Sobre las más destacadas personalidades del ramo, como Henry Ford y Henri Fayol, cf. URWICK, L. F., y BRECH, E. F. L. *The making of Scientific Management. Thirteen pioneers*, Bristol: Thoemmes Press, 2002. Asimismo, WITZEL, Morgen. *Fifteen figures in Management*, London: Routledge, 2003.

¹⁵ HOFFMAN, Philip T. *Why did Europe conquer the World?*, Princeton: University Press, 2015, p. 195.

¹⁶ La política económica proteccionista no debe confundirse con el prohibicionismo, ajeno al ideario liberal. Además, el papel central de la plaza de Londres aseguraba la multilateralidad.

de la expansión colonial, o sea, la obsesión por un espacio del que todos querían sacar partido¹⁷, junto con programas armamentísticos cada vez más sofisticados. Los rasgos de semejante proceder originaron una contradicción de lógicas, la política y la socioeconómica, que terminaría por llevar al mundo y a Europa, su centro neurálgico, a la catástrofe. Ni siquiera se libraron de la pandemia aislacionista tanto Italia como, sobre todo, Alemania, ambos espacios de agregación y muy beneficiados por la II Revolución Industrial. En suma, el proceso mundializador sufre un descalabro significativo.

Es importante, pues, señalar el predominio creciente del pensamiento organicista en las sociedades más avanzadas. Pero esa tendencia se amplía a las menos desarrolladas. Ejemplo tan notorio como obvio es uno de los acontecimientos más relevantes del siglo XX: la Revolución rusa. Se dice y repite que tal evento rompió la unidad de destino mundial. No lo creemos así. Lo que de verdad rompió el destino de nuestro planeta fueron las dos guerras mundiales en que se embarca el capitalismo industrial, y sus motivos. Además, los países del centro tenían numerosos enemigos, a los que deben añadirse las propias contradicciones de las potencias centrales; si no hubieran sido los rusos, hubieran sido otros los factores desencadenantes. Resulta muy complicado perseguir una armonía internacional perfecta en un mundo de continuas rivalidades; lo era entonces, como lo es siempre. Y si bien se mira, lo ocurrido en 1917 fue un paso importante en la simplificación del espacio-mundo.

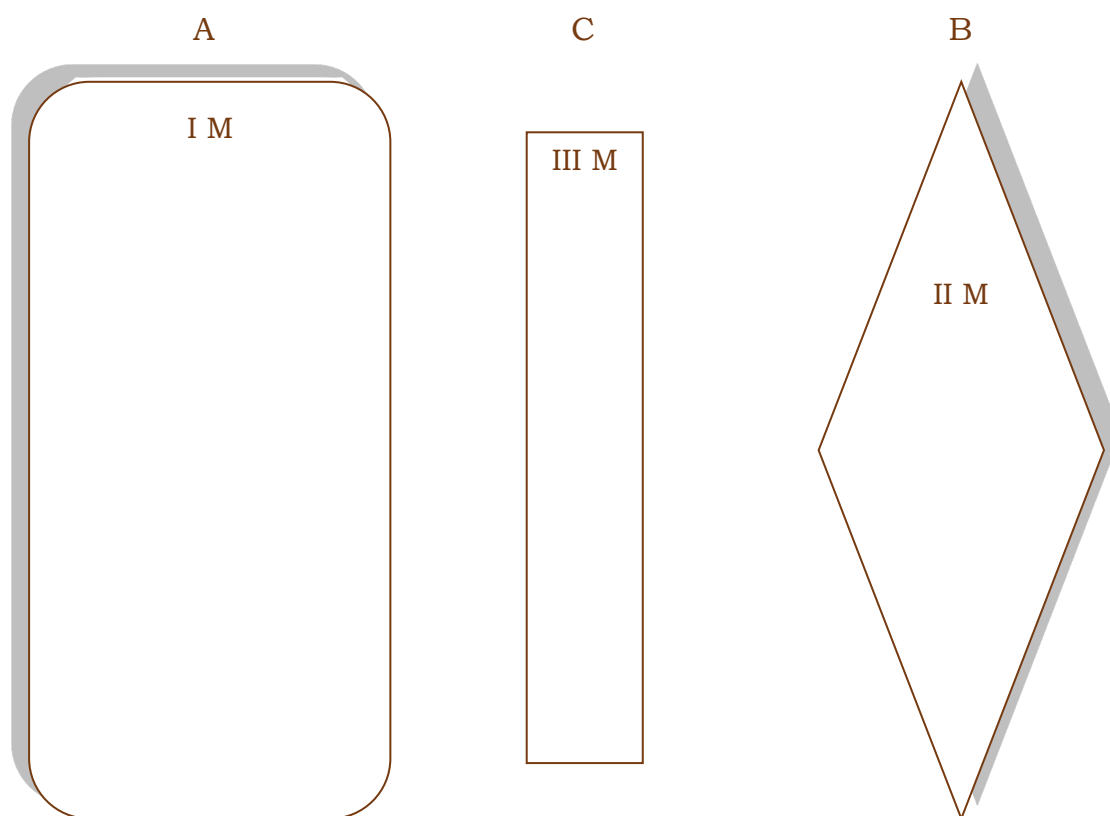
Las susodichas guerras mundiales (1914-1918 y 1939-1945) testimonian el desastroso resultado de la rivalidad entre potencias adscritas al engrdeido aislamiento propio de la Nación-Estado-Mercado¹⁸, lo que se multiplica por el intenso organicismo ideológico que los nuevos regímenes de entreguerras implicaban (fascismo, nazismo y comunismo) y la no reconstrucción del orden económico internacional, desaparecido en 1914. Los inseguros años veinte y los desastrosos treinta no supusieron una vuelta a la normalidad anterior, sino el mero aplazamiento de cuentas pendientes y la resurrección de una política económica mercantilista que casi todo el mundo imaginaba cosa del pasado, pero que de hecho casaba muy bien con el NEM de entonces. No obstante, para la historia del espacio-mundo son décadas muy a considerar: EE. UU. se alza como gran poder sin parangón¹⁹; la URSS asoma como futura potencia, aunque el régimen comunista no gozaba por el momento de aceptación internacional; en Europa se deshacen los imperios alemán y austriaco para reconstruirse sobre nuevas (aunque efímeras) bases, mientras que Japón hace sentir su presencia en el Lejano Oriente, mostrando que el imperialismo no solo es monopolio de la raza blanca, y que el país nipón es capaz de codearse con los grandes del planeta. Aparte de eso, la etapa 1919-1939 destaca por abrir el camino al segundo conflicto mundial, o si se quiere, al segundo acto del mismo trágico evento.

¹⁷ Fueron en realidad ejecutores y al mismo tiempo víctimas del mecanismo de multiplicación espacial al que luego aludiremos.

¹⁸ Esta mentalidad sustentó la firma del Tratado de Versalles en 1919 entre Alemania y los vencedores de la guerra del 14. Las consecuencias no pudieron ser más trágicas.

¹⁹ El obstinado aislacionismo norteamericano y la incapacidad de las otras grandes potencias para tomar su relevo privarán al mundo de unas reglas de juego para las relaciones internacionales que será preciso implementar desde 1944 (Conferencia de Bretton Woods).

FIGURA 3.- ETAPA 1945-1990.



A = Bloque capitalista, o Primer Mundo.
 B = Bloque colectivista, o Segundo Mundo.
 C = Bloque de No Alineados, o Tercer Mundo.

Tras 1945, la victoria de las grandes democracias apuntala el régimen liberal en los países líderes de Occidente, muy atenuado por el keynesianismo y el Estado de bienestar, protagonizando la fuerte expansión de 1945 a 1975, cuya intensidad no había conocido parangón hasta entonces y que se extendería necesariamente al ámbito demográfico²⁰ [Fig. 3]. Quedan incluidas, a su particular manera, las economías colectivistas, y aún algunas de ese Tercer Mundo que, mediada la década de los cincuenta, toman acta de nacimiento. Es una época de libertad de iniciativa y mejora material muy notables (especialmente en los años sesenta), aunque, como siempre, en proporciones desiguales, al ser obtenidas por medios disímiles²¹. Junto al pleno empleo generalizado, se produce una mejora del proceso democratizador en las sociedades avanzadas: mujeres, grupos sociales desprotegidos y minorías conquistarán mayores derechos y ayudas. Pero es asimismo una época de toma de conciencia de las limitaciones e inconvenientes de la economía «nacional» como hasta entonces se venía concibiendo. Hay dos grandes NEM que relevarán a los viejos imperios residuos del Antiguo Régimen y a los activos pero diminutos NEM

²⁰ Nunca, desde el siglo XVIII, el vínculo población-conocimientos se había tornado tan positivo: mayor esperanza de vida, más población, más posibilidad de transmitir y ampliar conocimientos, más calidad en el capital humano, y por ende, más posibilidades de innovación.

²¹ Tras la II Guerra Mundial, la República Federal Alemana y Japón, asistidos por EE. UU., redescubren las ventajas de la introspección económica, lo que les colocará en el olimpo de las economías mundiales aprovechando el régimen mundial-global.

de Europa occidental. Son los EE. UU. y la URSS, llamados a marcar el mundo del porvenir, que pertenece a las grandes áreas nacionales.



Washington



Moscú

Unidad, innovación, difusión: he ahí las claves de ese nuevo mundo que comienza a manifestarse de manera rotunda. Unidad de espacios, cuyo aislamiento se ve como ineficiente. Procesos acumulativos de innovación, donde la tecnología constituye sin duda la manifestación más visible. Difusión, gracias a los dos factores que preceden, de los nuevos procesos: técnicos, políticos, económicos, sociales... El tiempo, sujeto pasivo de los procesos, está pasando a ser una antigualla, incluso un obstáculo, y se va a refugiar en los ámbitos de orden privado, casi íntimo. La conciencia de que nada es como antes se ha hecho asimismo universal. Y más que lo hará en el inmediato porvenir.

3. Mirando hacia el futuro: la globalización. Algo nuevo comienza

En la década que va de 1971 a 1980, el espacio y el tiempo van poseyendo características que los hacen considerablemente distintos de cualesquiera otros precedentes, señal cierta de que una nueva era está cobrando desarrollo. Vamos a ofrecer aquí algunos rasgos sobre una época que no ha terminado, y que, por eso mismo, aún no puede ser objeto de análisis histórico riguroso²².

Las llamadas «crisis del petróleo» (1974 y 1979) abren las puertas a esa nueva fase histórica. Perteneciente al posindustrialismo, cabe denominar la fase como el Quinto Impulso. Sus características están, como de costumbre, ligadas al carácter marcadamente territorial de las actividades económicas. Por lo pronto, la bipolaridad EE. UU.-URSS desaparece acabado el siglo XX (los duopolios a nivel mundial no duran mucho, como ya pudieron comprobar España y Portugal tras el Tratado de Tordesillas de 1494). El nuevo impulso modernizador se ha traducido por el predominio de la informática, la robótica y la telemática, dando alas asimismo a un sector financiero volátil y flexible, como suele ser propio de él (la tan conocida bancarización, es en realidad nada extraña a otras épocas históricas). Hay nuevos polos constituidos por economías emergentes que se juntan al nuevo imperialismo económico dominado por las Grandes Áreas Nacionales (o GAN, los nuevos NEM del siglo XXI) para

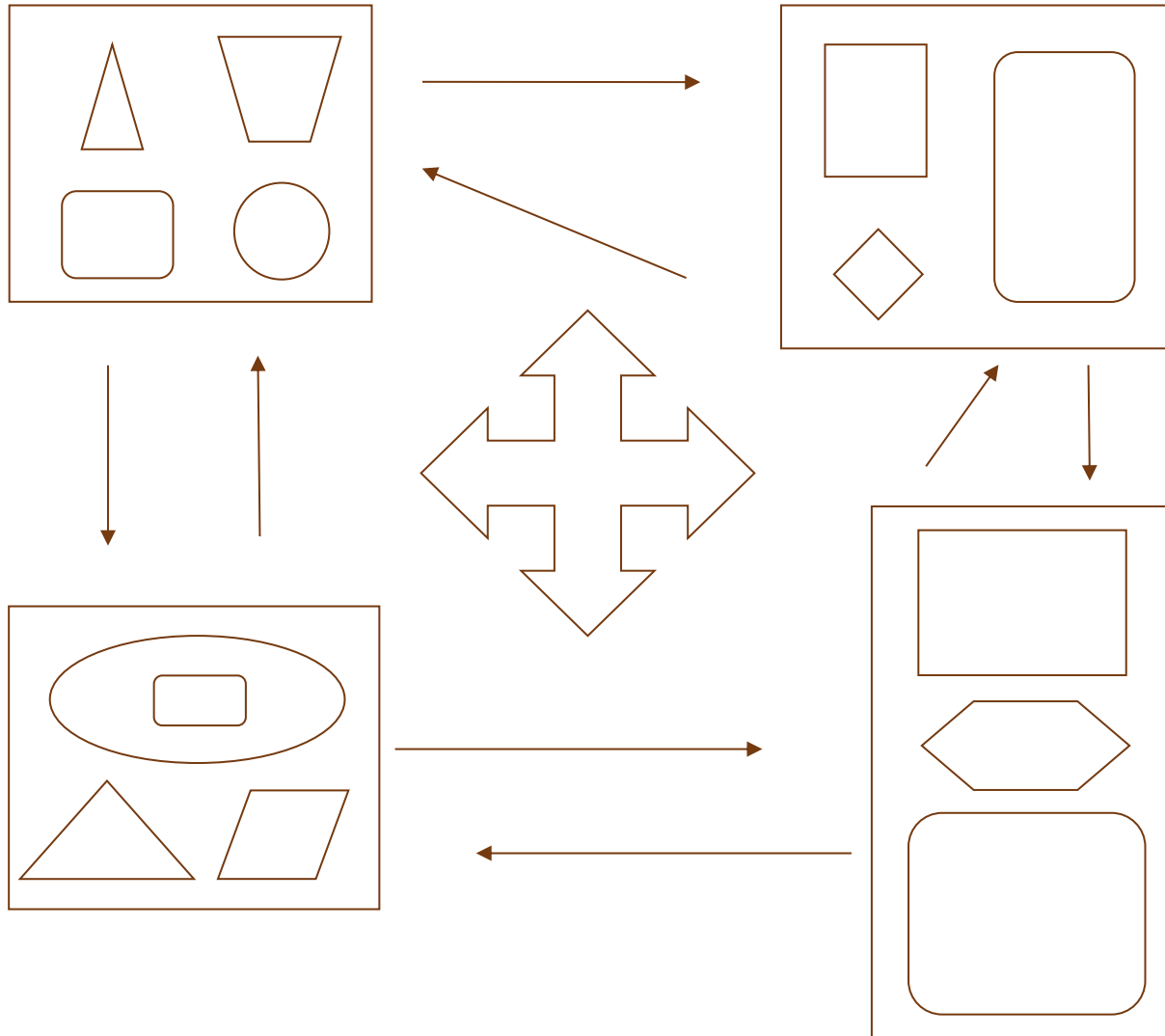
²² En pura lógica, son objeto de análisis histórico los procesos con inicio y término, o cuya operatividad directa sobre el presente ya no existe. Investigar lo actual es adentrarse en algo que se está haciendo y deshaciendo constantemente, lo que nos impide percibir su trascendencia.

proporcionar un mundo de contrastes: unas zonas de rápido desarrollo se añan a otras de adelanto consolidado; dentro y en torno a ellas, un mundo de escasez y aún miseria a base de trabajadores sobreexplotados (tercer mundo) o subempleados (primer mundo), en ambos casos por su misma abundancia y facilidad de sustitución. Esto, y la velocidad creciente que han tomado las novedades de todo orden, ha ido forjando en las últimas generaciones algo así como un «culto a la provisionalidad» perceptible en la vida cotidiana, y que no solo se extiende a lo material. La elasticidad espacial vuelve a manifestarse en sentido único: materias primas, mercancías y trabajo circulan libremente entre áreas, aunque ahora sin contrapartida obligada (o sea, sin viaje de ida y vuelta) excluyendo la reexportación, y apoyadas por el sector financiero. Esta etapa fue iniciada por la Trilateral y las poderosas transnacionales hará cosa de medio siglo. Pero ahora, más que de simple elasticidad, debemos hablar de volatilidad, y con carácter directo positivo, no negativo como en el régimen preindustrial, enemigo de las relaciones multilaterales [Fig. 4]. Mientras, permanece la producción especializada y muy tecnificada de serie corta (los modelos alemán y japonés) para gentes con poder adquisitivo medio-alto en cualquier parte, lo que se suma a los métodos de trabajo de la II Revolución Industrial, universalmente extendidos y constantemente mejorados por la tecnología. La llegada al consumo de unas masas que antes se hallaban en la periferia social y económica, dispara el uso de ingentes cantidades de materias primas, acelerando la producción masiva y lo más barata posible con nuevos procedimientos, favoreciendo asimismo la deslocalización espacial de las actividades económicas. Y el obrero, en el siglo XX pieza clave del sistema con la antigua mundialización, se ha convertido en su paria con el proceso globalizador, especialmente tras la caída del Telón de Acero y esa dispersión del consumo que, por otro lado, ha provisto de una fabulosa cantidad de mano de obra al empresariado transnacional. Sin sociedad de masas agregadas y sin una tecnología propia que la sustente, no habría existido la globalidad. Una globalidad que conocerá su mayor extensión entre los años 1991 (fin de la URSS) y 2008 (difusión de una nueva crisis económica); la depresión consiguiente ha incidido en una mayor prudencia por parte de las diversas economías, lo que ha limitado la expansión globalizadora. La gradual normalización desde mediados de los años diez se ha visto frenada por la pandemia del COVID y la guerra en zonas sensibles del planeta.

Siguiendo con el proceso globalizador, se está haciendo unidireccional como antes, pero ahora beneficia también a economías hasta ahora aletargadas o francamente subdesarrolladas, cuyos agentes se benefician de la demanda exterior para elevar su precario nivel de vida hasta cotas más aceptables. Al igual que hace siglos, actualmente se prefiere la difusión espacial para garantizarse el beneficio. Los antiguos dispersaban sus posesiones, normalmente a base de tierras de labor o pasto, casas, castillos, herrerías, molinos... Así se ponía a resguardo una parte del capital ante cualquier desastre natural, cualquier revuelta o, en definitiva, cualquier acontecimiento adverso. Los ejemplos en el mismo sentido pueden multiplicarse. Todo lo dicho posee un cierto aroma a Antiguo Régimen, aunque con nuevos escenarios y reglas de juego. Y así es, ya que ciertamente la historia no se repite al ciento por ciento. Pero en su transcurrir junta una serie de variables clave para que nos hallemos en

situaciones razonablemente similares, aunque situadas en fases distintas de evolución, como siguiendo un movimiento en espiral.

FIGURA 4.- LA GLOBALIZACIÓN.



Paralelamente, se asiste al auge de las uniones espaciales a base de agrupaciones de países, de carácter continental e intercontinental. Asimismo, se alienta la formación de grupos de poder fáctico más allá de las ataduras legales y políticas, ya que el NEM clásico del s. XIX se ha quedado pequeño, superado por los recursos de las grandes extensiones políticas y económicas, y la facilidad de comunicación a nivel mundial.

La causa última de toda esta predisposición histórica que tratamos en el apartado reside en los ritmos de ocupación/explotación espacial, cada vez más abreviados. Habiendo menos posibilidades de expandir el espacio de forma autónoma, no quedan otras perspectivas más racionales que explotarlo entre los grupos que viven en él, intentando sacar el mejor partido. Si bien existió una actitud de reparto en forma de duopolio, cuando EE. UU. y la URSS se dividieron el planeta después de 1945, aún quedaba el Tercer Mundo, sobre

el que los poseedores de grandes espacios se enfrentaron entre sí por su control. La desaparición de uno de los protagonistas (la URSS) pareció dar por resultado la exclusividad de los Estados Unidos, aunque lo que ha sucedido años más tarde es la fragmentación territorial entre pocos grandes actores ávidos de conseguir sus propias áreas de dominación. EE. UU., Rusia y China se reparten la influencia mundial al lado de una Unión Europea que sostiene su armonía mal que bien, consciente de lo que se juega²³; la India no se hará esperar para conferir a Asia el papel rector en el nuevo orden. Y en torno a todos estos, una gama de países con sólidas perspectivas de jugar un papel determinante: Japón, Corea, Arabia Saudí...



Bruselas



Frankfurt

Ahora bien, el espacio, por primera vez en la historia, es finito; apenas hay nuevos mares y nuevas tierras que explorar y apropiar. Pero el espacio siempre se transforma, y transforma a su vez. Por eso se han desarrollado la conciencia ecológica (los recursos no son inagotables) y la necesidad de una economía circular o de reciclado, concepto paralelo al de crecimiento sostenible, que fomenta el consumo responsable y el respeto al medioambiente, en un mundo sometido al cambio climático. Ser fieles a los principios básicos que hicieron posible la ciencia moderna y fomentar la investigación, ayudarán a sacarnos del apuro. A todo esto se añade un problema no menos relevante. Porque nada excusa la repetición del proceso histórico «Ocupación del Espacio–Conquista del Tiempo» (OE-CT) que ya nos es familiar para la etapa industrial²⁴. Pero como por ahora no puede trascenderse el ámbito planetario, se acentúa la rigidez espacial, tendiendo a la elasticidad cero. La pelea consiste ahora en hacerse con el espacio conocido, dando por resultado el que se generen tensiones entre las diferentes áreas, tanto las dominantes como las

²³ El caso de Gran Bretaña tiene toda la apariencia de ser un gran y lamentable paso en falso que a buen seguro pagarán caro los agentes económicos y los consumidores si mantienen el mismo rumbo.

²⁴ Sustituto del modelo CR-IF, que mencionábamos al principio de este trabajo.

susceptibles de explotación²⁵. Fomentar el egoísmo y el aislamiento económicos, a la vez que la competencia tecnológica y financiera en un entorno crecientemente militarizado, puede terminar por imponerse y malograr los buenos deseos de sostenibilidad. Si la globalización fomenta la paz vía intercambios, también puede propagar la guerra vía producción armamentística y lucha por agrandar el espacio propio²⁶.



Nueva York

Los pequeños se inspiran en los grandes; era de esperar. Los nacionalismos e irredentismos de todo género quieren hoy campar a sus anchas como nunca sucediera desde la Segunda Guerra Mundial, renegando de la tendencia global que los elimina o relega, pero aprovechando sus ventajas. En este proceso, y para dirigir el nuevo impulso, el capitalismo ha echado mano de la doctrina neoliberal, muy eficaz a la hora de justificar y dirigir la áspera lucha por el dominio de mercados que exigen los tiempos actuales, fomentar la desagregación política y social, y bendecir la precariedad laboral consecuente. Con todo, la población actual tiene, al menos en los países occidentales, un pasado de continuas mejoras que han limitado la vuelta a un capitalismo «salvaje» como el del siglo XIX²⁷. Generalmente hablando, dominan los tintes sombríos, agudizados con los efectos de la pandemia planetaria iniciada en 2020²⁸, más

²⁵ Estados Unidos ya reivindica... ¡la Luna y Marte! No importa, pues de darse, el proceso espaciotemporal descrito habría de repetirse aun en aquel ámbito.

²⁶ La historia nos enseña que apenas hay expansión territorial de importancia sin uso de la fuerza armada. Hacer de ello una característica de nuestros días (como, por ejemplo, lo hace KAPLAN, Robert D. *La venganza de la Geografía*, Barcelona: Eds. RBA, 2022), es mero presentismo.

²⁷ La crisis de 1974, al ser de oferta (por los altos costes de la energía, financieros y salariales), hizo inviable el papel del Estado providencia, reduciendo su papel gestor. Pero, aunque contraída, no se ha eliminado la intervención pública. Tras la crisis de 2008, que en definitiva recordaba más a la de 1929 que a la de 1974, ha bastado con agitar el fantasma del neoliberalismo para movilizar a las masas contra la política de austeridad. Por eso, la vuelta hacia atrás completa no ha sido posible, como constata y lamenta MINGARDI, Alberto. *La verdad sobre el neoliberalismo*, Barcelona: Eds. Deusto, 2022; cf. especialmente cap. 2.

²⁸ Una pandemia cuyo desarrollo es acorde con el presente régimen global, lo que la hace muy distinta de la gripe de 1918, propia de la mundialización.

episodios bélicos en áreas clave que amenazan con una peligrosísima extensión a terceras partes. Nuestro mundo se ha hecho en extremo complicado de conocer, analizar y, por ende, de reformar; eso da argumentos a quienes desean cortar el nudo gordiano con la espada y el *diktat*. El buen camino pasa por decidir que las principales fuentes del crecimiento se sustenten, como antes, en la especialización y la división del trabajo mediante el uso adecuado del capital, según defiende la teoría macroeconómica más solvente²⁹. Ahora bien, las cosas no son tan sencillas. Las grandes extensiones NEM del siglo XXI se han beneficiado de la libertad de intercambios que facilita la globalización, lo que no deja de ser positivo. Lo negativo es que se carece de reglas de juego para una situación inédita en la historia, y que la libertad se ha usado para fomentar la hostilidad. La creación de la OMC en 1995, o del G-20 en 1999, son sin duda unas medidas valiosas, aunque insuficientes. De hecho, haría falta una refundación a lo Bretton Woods, teniendo en cuenta que nos hallamos en un ambiente distinto³⁰. Pero seamos realistas: en la era de unas GAN mutuamente hostiles, ¿hay sitio para reformas de ese tipo? El futuro puede muy bien presentarse en forma de retroceso de la globalidad y vuelta a una mundialización como en siglos pasados. Hay claros signos de un movimiento involucionista de regreso al viejo imperialismo, junto con países formando bloques de intereses comunes. Innovaciones como la inteligencia artificial, la computación cuántica o la realidad virtual, de futuro revolucionario, pueden configurar un nuevo mundo, o avivar la reversión a viejos modelos; en el fondo no dejan de ser meros instrumentos al servicio de quien desee utilizarlos en un sentido u otro.

4. Recapitulación del proceso

Tras lo expuesto aquí, obtendremos diversas características básicas propias del largo plazo. Antes de la Revolución Industrial, contaríamos con:

—1470-1570: **Primer impulso**. Nueva tendencia expansiva para consolidar la recuperación bajomedieval: se desarrolla la elasticidad espacial en sentido expansivo, y basada en la no contigüidad de espacios.

—1570-1670: **Segundo impulso**. Estrictamente, inicio de la mundialización, o agregación espacial global. Europa atlántica, protagonista.

—1670-1770: **Tercer impulso**. Elasticidad en sentido de ida y vuelta. Madurez preindustrial.

Con la llegada de la industrialización, aparecen otras dos grandes fases:

—1770-1970: **Cuarto impulso**. Industrialización general y mercado interior. Colonialismo e imperialismo. De la simple mundialización, que se limita a añadir áreas con criterio esencialmente político, se pasa desde mediados del siglo XX a la globalización, o interacción de dichas áreas en el ámbito económico y social principalmente.

—1970 en adelante: **Quinto impulso**. Deslocalización globalizadora liderada por grandes áreas de fuerte poder económico. Fricciones en un espacio cada vez más finito. Riesgos de involución hacia fórmulas territoriales pasadas.

²⁹ GARCÍA, Norberto E. *La crisis de la Macroeconomía*, Madrid: M. Pons, 2010, p. 42.

³⁰ Sustancialmente, toda institución ordena el espacio, le da sentido, y contribuye así a su estabilidad. Que esto no ocurra siempre, en absoluto invalida dicho principio.

De los modelos explicativos contemplados nos quedaremos con algunas peculiaridades dignas de mención aquí. Una es la *evolución del espacio-mundo*. Para entender dicha evolución, además de utilizar las explicaciones propuestas a lo largo de estas páginas, hay que contar con las figuras por orden correlativo desde los inicios del proceso de agregación³¹. Podrá apreciarse de este modo un rasgo tendencial que oscila entre lo expansivo y lo contractivo, rasgo que descubre un juego entre armonía y disgregación dentro de una tendencia general hacia la unificación, presidida por el uso de nuevos espacios. El área mundial se va simplificando en grandes zonas cooperativas cuyas relaciones son más y más hostiles. Asimismo, se hará obvio que la actual globalidad no es sino un amplio proceso en el espacio y el tiempo que comienza a fines de la Edad Media, como ya se ha glosado.

Una nueva peculiaridad que emana de esta nuestra visión de las cosas es el comportamiento del espacio mismo. Si se examina la experiencia histórica, desde el modesto *domestic system* medieval hasta las modernas multinacionales (por poner solo dos referencias), subyace una constante: la expansión espacial como origen del crecimiento/desarrollo económico, y no como efecto. Por otro lado, señalar una importante singularidad, que denominaremos *Paradoja de la Amplitud del Espacio*. En efecto, cuanto más se agranda un espacio, más tiende a reducir sus proporciones internas, y junto con ello, el tiempo que le acompaña. ¿Por qué? Porque se precisa multiplicar las relaciones dentro de ese espacio reduciéndolo, con lo que tiende a encoger su dimensión temporal. Eso hace precisamente que la tendencia global desde 1500 sea la unión, aunque algunas partes vuelvan a dispersarse; el tiempo histórico, por su parte, va menguando progresivamente, acomodándose a la dimensión espacial. Es lo que realmente diferencia y separa al acontecer humano en el planeta antes y después del quinientos. Y por eso puede afirmarse que en la historia, espacio y tiempo nunca han estado tan cercanos como alrededor del año 2000. Ahora bien, el devenir no se interrumpe: permanece disímil a sí mismo, tensionado entre propensiones opuestas.

Nueva característica digna de mencionarse, y en parte derivada de la anterior, es la relativa a los *efectos de la acumulación espacial*. ¿Por qué se acrecientan los espacios? ¿Es por simple ambición, es por pura necesidad? Cabe responder que los grandes monopolios espaciales del régimen preindustrial eran hijos de la penuria (concretada en eso que he denominado efecto necesidad³²), mientras que el imperialismo industrial se basa justamente en lo contrario, en tener demasiado. Sin duda es así, pero hay algo más: aparte del valor intrínseco del capital espacial como externalidad positiva, existe un proceso acumulativo básico que impulsa al mismo espacio a multiplicarse, en ocasiones más allá de la voluntad de quienes protagonizan dicha expansión. La conquista acrecienta el espacio, lo que incrementa la reserva de factores materiales y humanos, cosa que potencia la disponibilidad para el crecimiento, lo cual se traduce en nuevas conquistas... generándose de este modo

³¹ ECHEVARRÍA BACIGALUPE, Miguel Ángel. Mundialización..., art. cit., passim.

³² El efecto necesidad se vincula a imperfecciones y limitaciones de la oferta como de la demanda típicas de la economía preindustrial; ECHEVARRÍA BACIGALUPE, Miguel Ángel. *En los orígenes...*, op. cit., pp. 56-58. Por aquel entonces, el espíritu expansivo se alimentaba con hambre y escasez.

una «espiral activa» que solo halla freno en los límites de la eficiencia espacial³³. Tales límites son de diverso orden y obedecen a una casuística que ahora no examinaremos aquí por su prolijidad, pero que resumiríamos en obstáculos relativos a las distancias, a las comunicaciones (deficiente cohesión), a la organización de los espacios, a la diversidad de niveles de crecimiento que aquella genera (lo que afecta al cambio de los centros de gravedad), junto con la obstrucción de poderes hostiles. Los países ibéricos, generadores de la mundialización en la etapa preindustrial, y Estados Unidos, cuna de la globalización bajo el industrialismo, son dos ejemplos sobresalientes.

5. Breves reflexiones en torno al porvenir

Desde hace años, el proceso unificador está encontrando influyentes críticos y enemigos. Los atentados del 11 de septiembre de 2001 constituyeron un serio aviso sobre los límites de la globalidad, haciendo imposible la perspectiva de un «fin de la historia» en el que algunos ingenuos creyeron. Pero fue la crisis de 2007-2008 la que dio pie a los primeros ataques en profundidad: la globalización es la auténtica culpable de los males del mundo, afirman quienes intrigan para que lo parezca. Desde entonces, las diatribas no han cesado un solo instante. Sin duda, un fuerte revés advino con la tremenda pandemia del coronavirus iniciada en 2020: apenas pasado un mes del inicio crítico, muchos ya extendieron el certificado de defunción a la corriente global. La polarización en bloques tampoco está ayudando precisamente. Resultado de todo esto: ser globalizador solo se explica por un posicionamiento político previo, o por espurios intereses materiales. Juzgar los transcurso de evolución larga mediante criterios ajenos al análisis histórico es un ejercicio disparatado, pero debe tomarse como algo inevitable hoy en día, cuando el populismo avasallador ha difundido una extraña moralidad por la que el fin no justifica los medios... que no sirvan a ese fin.

Pero la *auténtica globalidad* ni es un invento ideológico de la cultura occidental, ni obedece a ninguna conjura, ni es solo una moda pasajera; de hecho, solo ha dado sus primeros y vacilantes pasos en un mundo de desconfianzas y resabios etnocentristas todavía muy arraigados. La conexión global recortó sustancialmente los efectos letales de la misma pandemia COVID, difundiendo métodos paliativos y vacunas. Y las siniestras perspectivas de una hecatombe atómica, o los desafíos del cambio climático, o el desalentador panorama de una demografía en notorio declive, no se resolverán con NEM encerrados en su egoísmo; ni siquiera se logrará creando asociaciones de países con miras estrechas, como algunos de ellos están pretendiendo.

Me contraría hablar académicamente del futuro, salvo que toque a alguna ley tendencial, y eso lo hago siempre con muchísima cautela. Porque cuando las gentes han previsto una o dos únicas salidas a una situación, suele aparecer una tercera, y aun una cuarta (el principio clásico *Tertium non datur* es inválido en historia). Por lo pronto, un error harto frecuente consiste en vincular con exclusividad capitalismo y progreso unificador, cuando otros modos

³³ Ello es independiente de la superficie real. Un área desértica escasamente poblada también podría considerarse sobreocupada e impulsar a la posesión de más espacio (por ej., en Siberia o el Sahara). La expansión por mares y océanos obedece de hecho al mismo principio extensivo.

de producción como el feudalismo y el esclavismo han participado decisivamente en ciertos espacios y etapas; es innegable, en cambio, que el capitalismo ha llevado el papel dominante desde el siglo XIX. Pero no será para siempre. Porque, de hecho, nada se opone a que un nuevo modo de producción (¡o uno del pasado!) dirija la futura globalidad.

En el caso concreto del mundo actual, cualquier proceso que separe espacios y tiempos, deberá retornar al sendero abandonado. Ahora bien, ¿lo hará? Es innegable que nos hallamos en una fase de retracción de la tendencia hasta ahora seguida, la cual, tras un reajuste de espacios, dará lugar a nuevas relaciones. Cómo y dónde ocurrirá tal cosa, se lo dejo a los profetas.

Quiero rematar esta sencilla pero no improvisada aportación con una paradoja más: es imposible conseguir una globalidad perfecta (como lo es lograr una paz perpetua, o alcanzar la plena igualdad de oportunidades), pero si tal tendencia fracasara sin remedio, como algunos ya proclaman a los cuatro vientos³⁴, eso significará, en mi opinión, que estaremos inmersos en una edad oscura donde se habrían echado por la borda siglos de intenso progreso. Una victoria sin brillo donde todos serán inequívocos perdedores.

Referencias bibliográficas

- BRENDON, Piers. *The Decline and Fall of the British Empire, 1781-1997*, New York: Random House, 2008.
- ECHEVARRÍA BACIGALUPE, Miguel Ángel. *En los orígenes del espacio global. Una historia de la mundialización*, Madrid: Eds. de La Catarata, 2013.
- Mundialización y relaciones económicas, 1600-1850, *Cliocanarias*, 3, 2021, pp. 1-24.
- GARCÍA, Norberto E. *La crisis de la Macroeconomía*, Madrid: M. Pons, 2010.
- HOFFMAN, Philip T. *Why did Europe conquer the World?*, Princeton: University Press, 2015.
- KAPLAN, Robert D. *La venganza de la Geografía*, Barcelona: Eds. RBA, 2022.
- MACNEILL, J. R. y MACNEILL, W. H. *Las redes humanas. Una historia global del mundo*, Barcelona: Ed. Crítica, 2004.
- MINGARDI, Alberto. *La verdad sobre el neoliberalismo*, Barcelona: Eds. Deusto, 2022.
- SAZ CASADO, José Luis. *Jaque mate liberal. La traición al liberalismo clásico*, Madrid: Eds. Encuentro, 2021.
- URWICK, L. F., y BRECH, E. F. L. *The making of Scientific Management. Thirteen pioneers*, Bristol: Thoemmes Press, 2002.
- WITZEL, Morgen. *Fifteen figures in Management*, London: Routledge, 2003.
- ZEIHAN, Peter. *El fin del mundo es solo el comienzo. Cartografía del colapso de la globalización*, Córdoba: Ed. Almuzara, 2023.
- ZWEIG, Stefan: *Momentos estelares de la Humanidad*, Barcelona: Acantilado, 2002.

³⁴ Para una supuesta era post-global, ver Peter ZEIHAN. *El fin del mundo es solo el comienzo. Cartografía del colapso de la globalización*, Córdoba: Ed. Almuzara, 2023. La pretensión del autor es «pronosticar el futuro», siempre en sentido muy negativo para todos (p. 17) salvo para EE. UU., excepción mundial (el porqué, en pp. 120-122, si bien constituye un *leitmotiv* a lo largo de todo el libro).